

Novo como guía

Guadalupe Loaeza

Integrante del “grupo sin grupo” de Contemporáneos, el poeta y ensayista Salvador Novo fue también un apasionado cronista de la vida en la Ciudad de México. Su devoción por las calles y edificios de la capital del país lo llevó a recorrerla infatigablemente y a compartir su conocimiento con amigos y lectores. No sería raro por eso que, como afirma Guadalupe Loaeza, “si algún día se levanta un monumento al Guía de Turistas deberá tener el rostro de Novo”.

Nadie como Salvador Novo (1904-1974), con su mirada irónica, para escribir sobre la Ciudad de México. Impecable como él solo, con su peluca color zanahoria y toda la erudición del mundo, escribió algunos de los mejores textos que se han hecho sobre nuestra ciudad. Novo era una de las grandes celebridades, de aquellas que caminaban por la calle en medio de la mirada de la gente. La gente lo leía en los diarios, lo veía en la tele, se le acercaba a consultarle sus dudas: “Maestro Novo, ¿por qué usted pronuncia Teotihuacan en lugar de Teotihuacán?”. “Porque todas las palabras en la lengua náhuatl son graves”, respondía educadamente. Pero no siempre era así: era famosa su lengua ácida y maliciosa. Cuando era director de Bellas Artes le tocó ir con Rodolfo Usigli a avisarle que se iba a censurar su obra *El gesticulador* por órdenes del gobierno. Los dos escritores se pelearon en el camerino de Usigli. Cuando los reporteros preguntaron a Novo su versión de los hechos, dijo: “Yo nada más puedo decirles que Usigli recibió los últimos aplausos en la cara”.

Novo era ostentoso, excéntrico, le fascinaba dar de qué hablar. Muchas veces aparecía maquillado y se con-

taba que en su juventud había entrado a la Escuela de Jurisprudencia con unas sandalias doradas muy coquetas. Eso en los años veinte debió de haber sido un verdadero peligro para el poeta. Y desde que iba a la Preparatoria Nacional, la ciudad se convirtió para Novo en su gran amor. Se sabía las historias de todas las calles, de todas las plazas, sabía dónde habían nacido todos los escritores, sabía las leyendas novohispanas, quién había pintado qué murales, en dónde habían vivido las familias porfirianas. Novo conocía las crónicas escritas por todos los escritores del siglo XIX. Si algún día se levanta un monumento al Guía de Turistas deberá tener el rostro de Novo. Nada le gustaba más que pasear a amigos, turistas y alumnos. Cuando iba sobre Paseo de la Reforma y miraba las estatuas sobre los camellones, decía:

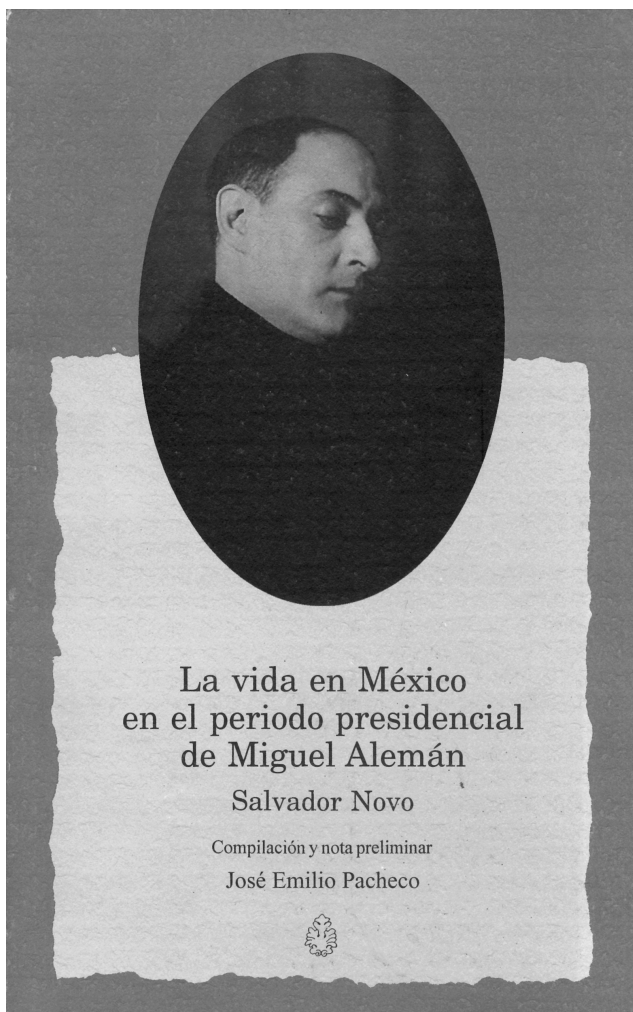
Estas esculturas de liberales se le ocurrieron a don Pancho Sosa, que era un furibundo biógrafo. Escribió con su pluma ociosa un libro de biografías de mexicanos distinguidos. Cuando se hizo la convocatoria nada más se aceptaron cinco ilustres por estado y con la condición de que

La estatua de sal

Salvador Novo



Prólogo de Carlos Monsiváis



estuvieran todos muertos. Un poco más allá está la estatua de Cuauhtémoc, que fue inaugurada por el presidente Manuel González durante los cuatro años que descansó don Porfirio. El gobierno de Chihuahua fue el primero en proponer a sus ilustres, pero el DF madrugó y mandó poner en 1889 las estatuas de Leandro Valle y de Ignacio Ramírez el Nigromante.

Con razón decía Carlos Monsiváis (su más grande admirador) que con Novo como guía, la Ciudad de México “se vuelve la ciudad intensa en que los lectores hubiésemos querido vivir”. En 1946, Novo ganó un concurso del Departamento Central del DF con un libro maravilloso, *Nueva grandeza mexicana*. Aunque tiene un argumento muy sencillo: Novo recibe a un amigo de provincia y le muestra toda la ciudad. Cómo no iba a ganar ese concurso, si se trata de un libro muy evocador y ameno. Entre los muchos lugares que visitan se encuentran restaurantes, edificios de gobierno y de departamentos, vecindades, el Zócalo, la avenida Madero, las librerías o la Universidad.

Cuánta nostalgia da hablar de esta ciudad en la que Novo se encontraba a Dolores del Río, a María Félix o a Diego Rivera. En los años cincuenta, cuando el cronista de la ciudad se fue a vivir a Coyoacán, éste todavía era un pueblo alejado. Ahí decidió hacer un teatro, La Capilla. En sus notas del periódico, Novo decía, para invitar a sus lectores al teatro: “Tienen que salir de la ciudad por la avenida Casas Alemán, dar la vuelta a la izquierda en el Río Churubusco y llegar hasta el viejo puente del panteón de Xoco. Ahí dan vuelta a la derecha y a una calle está esperándolos La Capilla”. Fue entonces que Novo comenzó a investigar sobre su nuevo barrio y a juntar datos para su historia de Coyoacán, el barrio que recorría a pie todos los días y en donde tenía como vecina a su queridísima Dolores del Río. A Novo no le gustaba salir de viaje, pero le fascinaba ir al Museo de la Ciudad de México, en Pino Suárez, a dar sus conferencias sobre esta capital.

Novo tuvo el privilegio que sólo los cronistas de la ciudad tienen: que la calle donde viven tenga su nombre. El día en que se inauguró la calle Salvador Novo estuvieron, además de la mamá del cronista, María Félix y Dolores del Río. Con toda razón, escribió: “Pocos mortales habrá que amen a esta Ciudad de México tan desinteresada, tan puramente como yo”.

Estoy completamente segura de eso. Y sus libros nos llenan de amor por la ciudad. Cuando leemos a este cronista nos gustaría que hubiera otros como él, con un estilo tan elegante y divertido, pero sobre todo con esa erudición. Mientras llega un cronista como él, los invito a que lean sus libros sobre la ciudad, especialmente *Nueva grandeza mexicana*, para que el enamoramiento por nuestra ciudad no baje ni un grado. **u**